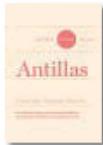


Las Antillas, mediterráneo americano

Con un relato sencillo y convincente, Consuelo Naranjo navega hasta estas islas donde arribó Cristóbal Colón

Historia mínima de las Antillas



C. Naranjo
Turner-Col.
de México,
2017
348 páginas
16 euros
★★★★

MANUEL LUCENA

Allí empezó todo. De modo inesperado, en 1492 Colón y sus acompañantes arribaron a un islote de las Bahamas y creyeron, con lógica impecable, que se hallaban frente a las costas de Asia. A partir de aquel desconcierto, nacieron las Antillas, que la autora de este volumen crucial, Consuelo Naranjo, denomina «antemural de las Indias Occidentales». Durante demasiado tiempo, estas obras de síntesis, fundamentales en la selección de contenidos educativos y la creación de opinión, estuvieron en nuestro ámbito hispanófono en manos de autores angloamericanos, que ganaron así un prestigio no siempre merecido.

Las razones serían largas de explicar, pero la pervivencia de una tradición positivista y erudita abrumadora, fueron una de ellas. A ello se sumó el descuido narrativo que trajeron el 68 y sus émulos. La historia bien escrita fue por largo tiempo considerada sospechosa, por «burguesa y reaccionaria». Afortunadamente, esta obra culmina la normalización de los estudios históricos sobre las Antillas españolas y británicas, con enorme acierto. En primer término, porque recoge argumentos e ideas expuestos en los cinco volúmenes de la *Historia de las Antillas*, coordinados por la autora, publicados desde 2009 y dedicados a Cuba, Puerto Rico, República Dominicana, el ámbito no hispano y una perspectiva comparada. En segundo lugar, porque se inscribe en la exitosa colección de historias mínimas auspiciada por el Co-

legio de México, que ha supuesto un gran éxito científico y de público. Se trata de un ejercicio difícil. El esfuerzo de síntesis no debe ir en menoscabo de la suficiencia de la información. Hilo conductor del relato y análisis deben ser, a un tiempo, sencillos y convincentes. Las buenas historias mínimas o breves son también ensayos literarios, ejercicios de reflexión complejos y bien escritos. Este volumen reúne las mencionadas características y algunas más.

Orígenes diversos

Como resumen de un esfuerzo historiográfico de largo aliento, recoge investigaciones y publicaciones de muchos orígenes. La obra se inicia con una introducción geográfica, imprescindible en una región marítima e insular dispersa, pero también homogénea. Para la autora, esta aparente paradoja de la Antillas se explica por la interrelación de orígenes diversos, europeos, americanos y africanos, pero se consolida en la comunidad de experiencia que supuso la esclavitud. Mestizaje, transculturación, desarrollo de culturas criollas, construcción de identidades nacionales y hegemonía estadounidense consolidaron esa trama, condicionada por el carácter marítimo e insular. Esta historia mínima, es importante resaltarla, está dedicada a la evolución histórica de las Antillas hispanas, a excepción de Cuba, y las Antillas británicas.

EVALÚA SIGLOS DE LEYENDA NEGRA ANTIESPAÑOLA EN UN ÁMBITO GEOGRÁFICO PRIVILEGIADO

Su carácter de emplazamientos neurálgicos convirtió su control en clave para la hegemonía de los imperios europeos. Resulta notable y convincente que la autora no contemple el caso cubano, en la medida en que la dimensión y el excepcionalismo de su trayectoria, hubieran dificultado la comprensión de un desarrollo homogéneo. El énfasis en lo ocurrido «al este de La Habana» permite conocer las primeras fundaciones de La Española, la breve anexión dominicana a España en 1861, o los intentos fracasados de confederación antillana. También es importante señalar que, con sólido apoyo historiográfico, el volumen evalúa siglos de leyenda negra antiespañola en un ámbito geográfico privilegiado para ello. Pone las cosas en su lugar.



Los Fitzgerald, genios y figuras

La mítica del matrimonio formado por Francis Scott Fitzgerald y Zelda nunca acaba. Un nuevo ensayo, de la mano del maestro Pietro Citati, se encierra en su espiral destructiva

La muerte de la mariposa Pietro Citati



Trad.: Teresa Clavel
Gatopardo,
2017
399 páginas
14,95 euros
★★★★

MERCEDES MONMANY

Gran maestro de la crítica en Italia, labor que ha ejercido de forma constante e infatigable, sobre todo en la prensa escrita, Pietro Citati, autor de dimensión poliédrica y gigantesca, ha hecho de sus reseñas,

Citati, maestro del retrato

Pietro Citati (Florencia, 1930) está considerado como uno de los ensayistas-biógrafos más respetados, galardonado con los premios Strega y Médicis, entre otros. Por sus trabajos han pasado la vida y obra de Goethe, Tolstói, Proust y K. Mansfield, entre otros escritores



diversos ensayos y célebres retratos de escritores un verdadero y exquisito arte literario. Muy publicado en nuestro país estos últimos años (*La luz de la noche. Los grandes mitos en la historia del mundo, Kafka y Leopardi* en Acanalado; *El mal absoluto: en el corazón de la novela del siglo XIX* y *Ulises y la Odisea* en Galaxia Gutenberg; *La vida breve de Katherine Mansfield* y la actual *La muerte de la mariposa* en Gatopardo) es sobre todo esto: un magnífico retratista, más que biógrafo propiamente dicho. Aún así, este género canóni-



DROGADOS DE SÍ MISMOS. A la izquierda, una imagen de Zelda vestida de bailarina de joven. Debajo, el matrimonio, Scott y Zelda, con su hija, Scottie. En 2013, Alpha Decay publicó en España «Cartas a mi hija», de Francis Scott Fitzgerald



co, la biografía, que en su caso se convierte muchas veces en apasionadas declaraciones de amor por la literatura con mayúsculas, da lo más alto de su genio con los volúmenes dedicados a Manzoni, Goethe, Tolstói o los citados Leopardi y Kafka, que lo harán famoso.

Escritor y ensayista literario de inmenso caudal de lecturas y erudición, desde los clásicos grecolatinos, a la Biblia, el Corán o el *Quijote*, su inmenso compendio titulado *La civiltà europea, da Omero a Nabokov*, de cerca de 2.000 páginas en papel biblia, aparecido en los Meridiani de Mondadori (una especie de La Pléiade italiana), lo situaría en pie de igualdad junto a los que habían sido sus grandes maestros del ensayismo literario: E. Cecchi, G. Macchia y Mario Praz. Todos ellos pertenecientes a la edad de oro de la literatura italiana del pasado siglo, la misma que conviviría en aquellos años con Calvino, Buzzati, Gadda o Pasolini.

Escritor de escritores, dedicado a acercarse a los autores con profunda empatía y complicidad artística y emotiva —más que a la demolición de los que no le gustaban— Ci-

tati se identifica con sus creadores admirados, se sitúa en su lugar, casi se convierte por momentos en coautor de sus obras, estableciendo deslumbrantes diálogos desde un más allá de la escritura, que borra siglos y épocas. Si hubiese sido un actor su técnica podría parecerse al Método Stanislavski, infiltrándose en el corazón mismo de las obras que analiza, absorbiéndolas e identificándose, línea a línea, con lo que quiso decir su autor.

Mujeres clásicas

Por otro lado, Citati ha dedicado no pocas páginas de su obra a escritoras de todas las épocas. Magníficas autoras actuales como Alice Munro o Fleur Jaeggy, que junto a «clásicas» como Virginia Woolf, Marina Tsvetaiéva, Flannery O'Connor, Jane Austen, Santa Teresa o Karen Blixen, reuniría en su espléndido volumen *Retratos de mujeres*, lamentablemente no traducido.

«En el origen de la escritura tiene que estar la emoción». Era una de las frases favoritas de Scott Fitzgerald. Y no hay duda que ese germen, la emoción, nunca abandona cada línea del médium literario que

es Citati en cada una de sus obras. El retrato dual que compone de los Fitzgerald y los locos años 20 del pasado siglo en *La muerte de la mariposa* vuelve a ser una obra maestra de la concisión poética, psicológica, analítica. A ratos terrible y melancólico, en él se concentran una vida y un vértigo personal y artístico dedicados sobre todo a la pérdida. A esas continuas «pérdidas, fallos, renunciaciones y derrotas que se suceden, como un regalo o un tesoro», y que la literatura, como decía Fitzgerald, nos otorga el privilegio de volver a recuperarlas. Citati se convierte en el delicado cronista de un tiempo y unas vidas tan fascinantes como frágiles y atormentadas. Unas vidas que dejarían huella, como pocas, de esa «poderosa, imperceptible música trágica de las cosas perdidas».

Pareja de culto

¿Cómo pudo suceder?, se dirán algunos. Lo tenían todo: pareja de culto de una generación —la generación del jazz y del abandono febril de la Gran Depresión— eran atractivos, tenían talento, parecían permanentemente mimados por la fortuna. Sin embargo, el fracaso, la derrota que caminaba como una sombra fatal al lado de todos los éxitos, no dejó de acecharlos desde el primer día. Mitómanos, drogados de sí mismos, hambrientos de lucir siempre en la escena aún cuando los focos se hubieran apagado, expertos en dolores desesperados e intolerables, en rozar sin cesar la locura.

La biógrafa de Zelda, Nancy Mitford, dejó escrito que ambos «necesitaban del drama». Inventaban, practicaban obsesivamente el arte de gustar y a la vez eran víctimas de «su inestable y morbosa imaginación». Los que les rodeaban no fueron menos implacables: Hemingway, su amigo-enemigo de siempre, dictaminaría el declive del fantástico autor de *Suave es la noche* —su gran obra maestra para Citati: «Scott tenía aún la técnica y el espíritu romántico para hacer cualquier cosa, pero desde hacía mucho tiempo todo el polvo había desaparecido del ala de la mariposa, aunque el ala continuó batiendo hasta su muerte».

«Cazadores de nazis», ¿justicia o venganza?

Andrew Nagorski narra las actividades de investigadores que mantuvieron viva la memoria de la infamia

berg el 16 de octubre de 1946. La política de la venganza sin freno ya se había difundido durante las contraofensivas soviéticas. En la cumbre de ministros aliados de Exteriores celebrada en octubre de 1943 en Moscú se acordó poner ante los tribunales a los criminales de guerra más relevantes, pero también se forjaron planes para ejecutarlos sin juicio.

La *desnazificación* quedó cortada en seco con el inicio de la Guerra Fría, sobre todo tras el bloqueo soviético de Berlín en 1948. La decepción por la limitación de las penas y la autoexculpación de los alemanes se extendió hasta tal punto que incluso los defensores más acérrimos del ajuste de cuentas admitían en privado: «la democracia en Alemania sólo puede nacer utilizando los fórceps de la *desnazificación*, pero con cuidado de no aplastar al bebé».

Simon Wiesenthal

Los cazadores de nazis perdieron ímpetu al chocar con la indiferencia e incluso la hostilidad de las autoridades de ocupación. El más afamado, Simon Wiesenthal («el detective con seis millones de clientes», objeto de una semblanza muy poco complaciente), se quedó en Austria trabajando para los servicios secretos israelíes en rivalidad con Friedman, que operaba en territorio controlado por los soviéticos.

El secuestro en Buenos Aires de Eichmann —cerebro logístico de la «Solución Final»— en 1960 lo cambió todo. Aunque Wiesenthal reclamó su parte de gloria, el criminal fue localizado gracias a la colaboración de Bauer, fiscal general de Hesse, quien al desconfiar del celo de las autoridades alemanas, dejó vía libre al Mossad.

Entre 1945-1995 se pusieron en marcha en Alemania Occidental 172.294 investigaciones por crímenes de guerra y se dictaron 6.756 condenas (sólo 1.147 por homicidio). Considerando la enorme cantidad de víctimas, una ínfima fracción de asesinos pagó por sus crímenes, en buena medida gracias a la labor de los cazadores de nazis, que no fueron intrépidos aventureros, sino en su mayoría burócratas o investigadores que pasaron la segunda mitad de su azarosa vida entre legajos de archivo y sumarios judiciales.

Cazadores de nazis

Andrew Nagorski



Historia
 Turner, 2017
 442 páginas
 28 euros
 eBook: 12,99
 ★★☆☆

EDUARDO GONZÁLEZ CALLEJA

La desaparición de la generación protagonista de la Segunda Guerra Mundial va despojando de sentido a los cazadores de nazis. Parece llegado el momento de narrar sin tapujos la historia de quienes dedicaron su vida a seguir el rastro de estos criminales. Andrew Nagorski, corresponsal de *Newsweek* en Europa Central y Oriental, narra las actividades de este reducido grupo de hombres y mujeres que mantuvieron viva la memoria de la infamia cuando el resto del mundo —incluidos los vencedores en la contienda— había perdido interés.

NO FUERON AVENTUREROS, SINO BURÓCRATAS QUE PASARON LA VIDA ENTRE SUMARIOS JUDICIALES

Estos cazadores de nazis nunca formaron un grupo homogéneo con una estrategia común. Existe una gran diferencia entre la paciente labor forense de jueces como Jan Sehn o Fritz Bauer, las arduas investigaciones de Simon Wiesenthal o Tuvia Friedmann o el papel de simples ejecutores que desempeñaron el equipo del Mossad que secuestró a Adolf Eichmann o el grupo «El Búho»: supervivientes millonarios del Holocausto que contrataron a los más avezados miembros de los servicios de seguridad israelíes y norteamericanos para capturar y eliminar a decenas de criminales. A menudo se enfrentaron unos a otros, se lanzaron recriminaciones, airearon sus celos y se comportaron como rivales favoreciendo la impunidad de sus potenciales objetivos. No buscaron sólo la justicia, sino la ejemplaridad.

El primer capítulo es un minucioso relato de la ejecución de los jerarcas nazis en Nurem-